

Hay, sobre todo, una casa en ruinas. Esa es la verdadera casa de Mary: va a ella cada vez que hace novillos. Sola. Algunas veces va con una amiga de trece años, Norma, que está fascinada por Mary. En esa casa, en ese refugio, Mary Bell estrangularía al pequeño Martin Brown, de cuatro años. En presencia de Norma.

Contra una ciudad fea y opresiva, contra los adultos, Mary se creó un dominio. Era libre y dichosa. Preparaba su comida. Los camaradas la adoraban. Una muchacha a la que le gustaba mandar —como muchas otras niñas— y que conocía ya el mundo porque contemplaba la televisión y sabía retener. Cuando fue interrogada a propósito de su segundo asesinato —el del pequeño Bryan, de tres años—, respondió al policía: «Voy a llamar a mis abogados y me sacarán de aquí». Y preguntó: «¿Hay micrófonos en esta habitación?». Esta prueba de madurez sería retendida contra ella en el proceso por mister Lyons. Esta habilidad de veterano reincidente es el aspecto menos inocente de Mary: es un reflejo de la televisión —la serie «El Santo», que seguía con pasión— tomada del mundo de los adultos.

Su primer asesinato fue una paloma. Norma estaba intrigada por la forma en que su amiga había llevado a cabo el hecho. Mary se lo explicó: lo copió de otra serie televisiva, «Los Apaches». He ahí un móvil profundo de Mary Bell y también de Norma: la curiosidad por la muerte, pareja a la curiosidad por la vida. La muerte, para Mary, no es una desdicha, es un enigma entre otros. Quiso mirar morir, como miraba vivir.

Norma sabe cómo se estrangula a un ser humano: oprimiendo fuertemente la nuez de Adán. Desafía a Mary. Y un día aparece en la casa abandonada el pequeño Martin Brown. Con-

fusamente, Mary siente que un muchacho es algo más serio que una paloma, y eso le hace a ella sentirse «alguien». No solamente es superior a sus compañeras, incluso puede ser tan fuerte como las personas mayores. Es su segundo móvil. De ahora en adelante, a través de los niños, tratará de alcanzar a los adultos, con los que quiere medirse o, quizá, de los que quiere vengarse.

Dos meses después, Mary y Norma encuentran al pequeño Bryan Nowe y se lo llevan a jugar a un descampado. Mary le convence para que le deje colocar las manos sobre su cuello. Le habla, le susurra, mientras sigue apretando. Apretando tanto que sus falanges se vuelven blancas. Norma le ayuda, tapando las narices del pequeño agonizante. Mary corta un mechón del cabello de Bryan y, con una cuchilla de afeitar, le lacera las nalgas y el bajo vientre. Mary y Norma no se deciden a alejarse del cadáver. Como si quisieran obtener aún alguna cosa, una última distracción, un último grito. Después, abandonaron a Bryan como un juguete roto.

Desde 1946, Gran Bretaña ha conocido veintiocho casos de niños convictos de asesinato. Ninguno ha ido a parar a los Tribunales. Pero Mary ha sido condenada. Mister Lyons ha tratado de demostrar que en ella había algo demoníaco, apoyándose en las aseveraciones teológicas de la Low Church, según las cuales el demonio puede habitar un cuerpo humano desde su nacimiento. El Tribunal de Newcastle-upon-Tyne ha exorcizado a Mary condenándola a cadena perpetua. No queda en ella más que la enferma. Podrá jugar en el césped de Cumberland Lodge, detrás de una red metálica. No es más que una chiquilla anormal, como las otras. ■ Información: FRANÇOIS CAVIGLIOLI.

TEATRO

68, en títulos

Salvo error u omisión, cuarenta y siete estrenos y diez reposiciones constituyen el balance «numérico» del año teatral madrileño. En la cifra se incluyen los espectáculos del Nacional de Cámara y, como es lógico, se excluyen las revistas y las variedades.

De esos cuarenta y siete estrenos, diez corresponden a Alfonso Paso y tres a Joaquín Calvo Sotelo, este último en segundo lugar en la lista de fecundidad. Buero está presente con una reposición, «Historia de una escalera». Los otros estrenos son: Ruiz Iriarte, José María Pemán, Arturo Coca, Tejedor, Miguel Mihura, Alfonso Millán, Tono, Lauro Olmo... y Valle Inclán. En toda la lista «profesional» no hay un solo autor español nuevo.

Más aún: con mucho margen a su favor, la obra española más nueva y audaz del año es «Cara de Plata», de Valle Inclán, a pesar de lo muy discutible que resultó su puesta en escena.

De los autores llamados jóvenes, sólo dos nombres de representación opuesta: Alfonso Millán y Lauro Olmo. Los Gala, Muñoz, Rodríguez Buded, Rodríguez Méndez, etc., están ausentes. Y, también, Sastre, aunque este autor estuvo presente a través de su vinculación a dos espectáculos muy importantes.

1968 nos trajo a dos autores extranjeros fundamentales. El uno, Sartre, con notorio retraso; el otro, Peter Weiss, con algunos cortes. En cualquier caso, su presencia animó las jornadas más vivas de los teatros madrileños.



ALFONSO PASO
DIEZ
ESTRENOS
DE CUARENTA
Y SIETE.

BUÑUEL PUNTUALIZA

«El ángel
exterminador»
y
Bergamín



Luis Buñuel es hombre poco amigo de hacer declaraciones y, evidentemente, aún menos de desmentir las falsas interpretaciones de las pocas que a lo largo de su vida ha hecho. Por ello, cuando una frase ambigua, una información de cualquier tipo son recogidas o transmitidas inexactamente por los escasos periodistas que a él han tenido acceso, la cosa queda. Incluso pasa a formar parte del mito o, lo que es más grave, de las filmografías. Es lo que ha ocurrido con la atribución de la idea original de «El ángel exterminador», uno de sus films recientemente estrenados en Madrid, a José Bergamín. En cualquier ficha técnica del film, incluida la que proporciona la sala que en la actualidad proyecta el film, figura el nombre del escritor español. La realidad es otra.

En las semanas precedentes al rodaje de «Viridiana», Buñuel organizó, en un viejo café de Argüelles, una «peña» de la que formaban parte viejos amigos de su época madrileña y jóvenes relacionados con el cine en sus distintas vertientes. Bergamín, entonces en Madrid, era uno de los componentes. Y un día, con su hilito de voz, habló de una idea que se le había ocurrido y que, caso de llegar a realizarse, llevaría como título «Los naufragos de la calle de la Providencia». Buñuel quedó encantado sobre el título, concibió una idea inspirada por él y habló de ella a su guionista francés, Jean-Claude Carrière. Pasaron dos años, y al cabo de ellos fue Luis Alcoriza, colaborador

de Buñuel en varios de sus films mejicanos, quien desarrolló con él la idea, que sirvió de base a un «cinedrama» que llevaba el título propuesto por Bergamín, que nunca llegó a escribir ni novela ni obra teatral —que de ambas cosas se ha calificado al inexistente texto— con tal título. Al convertirse en película, el «cinedrama» pasó a llamarse «El ángel exterminador», pero Buñuel, de todas formas, envió una cantidad —doscientos dólares— a Bergamín por haber utilizado en un momento dado su idea y haber partido de ella para realizar su excepcional film.

Buñuel, que, como queda dicho más arriba, no es amigo de declaraciones ni desmentidos, contaba esto en el curso de una comida celebrada hace unos días en Madrid, por donde pasó de regreso a Méjico después de haber dejado totalmente listo su último film, «La voie lactée», en compañía de Basilio Martín Patino, Julián Marcos, Manolo Calvo y el firmante de estas líneas. Es un dato interesante, no sólo en sí mismo, sino por lo que supone de parte de Buñuel el, por una vez, desmentir formalmente, y con autorización de publicación, algo a él referente. El resto de su conversación, siempre llena de interés y apasionante, marcada por salidas de humor apabullantes, pertenece al dominio de lo privado. A un dominio al que el genial realizador de «L'âge d'or» desea reducir todas sus estancias en Madrid, donde se da un salto cada vez que sus viajes a Europa se lo permiten. ■ C. S. F.

El espectáculo Sartre —brevemente estrenado en Barcelona— estuvo varios meses entre nosotros; el «Marat-Sades», sólo tres días, en el Nacional de Cámara. Lógicamente, volverá, esta vez a un teatro comercial, durante el año 1969, refrendando ante un público más numeroso lo que la minoría le otorgó sin regateos en las tres triunfales jornadas del Nacional de Cámara. Sartre y Weiss son, en todo caso, los «dos nombres» del año teatral madrileño y supongo que español.

Ni «El rufián Castrucho», ni «Don Juan Tenorio», ni «Las mocedades del Cid» susupieron pasos adelante en la carrera de Miguel Narros, director del

Español y, sin duda, uno de los directores más preparados del país. En el María Guerrero alcanzamos a ver «Los bajos fondos», de Gorki, y «Mafiana te lo diré», de Saunders, la primera bajo la dirección de José Luis Alonso, la segunda con dirección de José Osuna. Se trata de dos títulos, por razones distintas, de interés. El primero tuvo, además, la significación de honrar el centenario de Gorki. El segundo me parece uno de los mejores trabajos del director Osuna.

Cerrado por reformas el María Guerrero durante la presente temporada, su ausencia de las carteleras se hace muy sensible, lo que es prueba tanto